

FRESCOR HACIA... FORMA

IGNACIO PRAT

El Mundo empieza el lunes, a primeras horas de la mañana, cuando «El alma vuelve al cuerpo, / Se dirige a los ojos / Y choca». (26) —1—. El primer día de la Creación fue un lunes, *remotísimo* ya (remotísimo siempre); y toda creación futura tendrá que inaugurarse en un lunes simbólico o real, simbólico y real. El «mundo» figurado de Jorge Guillén, que se llama *Aire nuestro* y que se compone de cinco «series» o libros de poesías, escritas entre 1919 y 1981, nació (o fue nacido) al nacer (o ser nacido) ese día primero del tiempo, de la semana, del mes, del equinoccio (de primavera), del año, etc.; día de extraordinaria pureza y claridad maravillosa. Guillén ha querido que su lector disponga en completa libertad (pero en completa dependencia de su *Más Allá*) de este espacio intacto del lunes; y nosotros, este lunes de febrero de 1981, y por las razones que seguirán, preferimos el reducto del poema «Escalas» (45) [...] —2—. Buscamos algo que está en la primera estrofa: una palabra, «Cimborrios», y una situación, la del viento aplastándose contra la piedra centenaria, o resistiendo ésta, imperturbable, las ráfagas más o menos violentas («Cimborrios y torres / Oponen al viento / La quietud en pleno / De sus sacras moles»). Pero ya nos traía a «Cimborrios» una sensación que experimentábamos como nostalgia y deseábamos seguir recordando en la cámara invisible de las alturas donde choca el viento con la piedra; nos devoraba, sin un porqué, el ansia de reexaminar la frescura inigualable de la piedra refrigerada por vientos, ventarrones y vientecillos de tantas épocas. La frescura inconmen-

(1) Los números entre paréntesis remiten a las páginas de *Aire nuestro*, Milano, All'Insegna del Pesce d'Oro, MCMLXVIII, e *Y otros poemas*, Barcelona, Barral Editores, 1978 (=YOP).

(2) Escribía lo anterior hacia las once o las doce de la mañana del infaus- to lunes 23 de febrero de 1981; seguían unas doce líneas de alabanzas al lunes guilléniano, a partir del verso 116 del poema «Más allá» (31), que elimino ahora con horror de todo lunes.



surable no está dicha en el poema porque no puede, no podría, decirse; pero está dicho, y muy bien, el lugar en que se posa con mayor frescura esa frescura: «Cimborrios»; petrificación densísima de la curvatura de la mole, de su resistencia sin réplicas (de las «torres», en cambio, se pueden esperar aristas más o menos súbitas y, por tanto, percances aéreos, desgarrones, etc.); pulimentación exquisita de lo más duro en la fragua del aire fresco, fresquísimo, helado, que se empuja a sí mismo sin esfuerzo ni premeditación, con ritmo siempre original. (Tenemos muy presentes a las deidades menores, un poco desdibujadas y descoloridas, que, revueltos los cabellos, con ceños que reflejan cierta irritación, soplan y soplan con soplidos visibles sobre nucas y campos, nubes y navíos; pero ¿qué lograrían soplando sobre «La quietud en pleno» de los «Cimborrios»?) El fuerte deseo aludido se consumiría al adherirse *toda* nuestra piel a la FRESCURA que mantienen (los) «Cimborrios» en perpetua renovación. Admiraríamos, pues, la dinámica «quietud» y la profundidad de esa atención, de esa vigilancia sobre la temperatura de la superficie. Subiendo al punto de fricción de los vientos con «Cimborrios y torres», queríamos repetir una sensación de delicia para complacer, no a la memoria, que nos estimulaba, sino a la materia que anhelaba construirse, consumirse, entre las rugosidades de la idea aspirante. Esta idea no pulimentada, que se descompone (ahora no, luego) de forma musical y da alegría musical (lo que falta, pero está, en los primeros versos de «Escalas», es música, ante-música: la de un arpa eolia), era un *pasmo* entendido como «Admiración y asombro extre-

vo, de respirar [así: «Respiro la atmósfera toda» [387]], de entender... El «manantial» no nos da tregua: nos reforma, nos educa en la fruición del cambio y del vértigo (en inmersión, por cierto, en la más escalofriante de las frescuras: «Blancuras en curva» que dan en «una», en «forma»). No nos resistiremos a esa lección; al contrario: la conocíamos ya perfectamente, la recitábamos a otros; por confiar en ella nos proyectamos, no sin peligro, para apretar la duración del frescor y nos impulsamos a las alturas en busca de la aireación continua. No nos arrepentimos de haber cedido al «Impetu de ascensión», pues «Ventura es siempre cima» (83), ni nos avergonzamos de seguir padeciendo aquel «romadizo», que es un arrullo, y aquel dolor de articulaciones, que susurra muy quedo; únicamente nos demoramos aún en la pereza deliciosa, que también posee el protagonista de *Clamor*. ¡Existen la pereza y la delicia entre «Los plumajes del frío!» (221) (Se anhela hacia atrás lo cálido, es decir, lo gélido; pero, como al héroe de *Aire nuestro*, nos impacientan las ficciones, las «frescuras de frondas imposibles» [331], y no nos tientan quince días de vacaciones en las frescuras de la égloga tercera de Garcilaso [cf. *YOP*, 226], aunque satisfagan una «umbría, fresca selva» [*YOP*, 466], un «verde en frescura junto al agua» [438], y un «retiro / Fresquísimo que respiro» [236]). Por «El manantial» se sabe que la realidad premia a la pureza, que la pureza no es mortificante (como en literatura) sino júbilo, que puede llegar a ser, como la vida, «estúpida» (1103), es decir, genial (como una ley física). Así se entiende el entusiasmo del *amateur*, que grita, constatando, «¡Más, más, más! [...] ¡Más, más!» (46), cuando el proceso de transustanciación se acelera. Desde las alturas ventiladas de «Escalas», sin temor de que el mucho frío sea «muerte» (889) o «soledad» (985), hacemos nuestros esos monosílabos preciosos de «El manantial»: ¡más! le decimos al frescor que se va y ¡más! a la «forma» que viene.

EL NIÑO EN LA OBRA DE JORGE GUILLÉN

ANTONIO A. GOMEZ YEBRA

En la hoy dilatada bibliografía sobre Jorge Guillén se pueden hallar estudios acerca de aspectos tan diversos de su obra que algunos críticos han llegado a calificarla como poesía total.

La labor poética artesana de Guillén (1) ha ido abarcando toda la temática del hombre y sus relaciones con el mundo, desde el amor que crea hasta el desorbitado afán de posesión que destruye la Tierra y la sociedad humana.

Al poeta vallisoletano no le pasó desapercibido que las dispares situaciones en que se sintió inmerso a lo largo de su existencia suponían un caudal inagotable de elementos poéticos. Su obra, unificada bajo el título *Aire Nuestro*, es la historia personal de un hombre que ha sabido traducir al lenguaje lírico las alegrías, los sinsabores, las esperanzas, los miedos e incluso los momentos intrascendentes del quehacer cotidiano.

Pese a que Guillén confiesa que le gustaría haber dedicado una buena parte de su obra a los niños, un detenido análisis de *Aire Nuestro* lleva a la conclusión de que los ha tenido muy presentes a lo largo de su producción poética y de que su interés por la etapa infantil y su mundo se ha ido dejando entrever en una serie, inacabada aún, de poemas.

De ahí la oportunidad de iniciar un estudio del texto, a fin de medir no sólo el grado de amor que les profesa, sino también los temas abarcados, el tiempo y modo en que los presenta e incluso la cantidad de poemas que les ha dedicado.

La poesía de Jorge Guillén es poesía total. Los poemas escogidos para el presente estudio, en parte seleccionados por su pro-

[1] Véase mi artículo «La artesanía poética de J. G.», en J. G., *Algunos poemas*, A. Caffarena, Málaga, 1981.